dar; por los demás... y por Carmina. La has visto nacer; me parece que dejándola contigo, la dejo acompañada.

Agus. ¡Y que lo diga usted!

Cond. Pilar, yo no he de sentirme si escoges á Agustina para darle los encargos que quieras respecto á la niña. Ya sé que yo estoy para poco y serían encargos á tan breve plazo que... Dile lo que quieras á Agustina.

Pilar (Empezando, á su vez, á no poder dominarse.) Nada. Respecto á Carmina, nada. Me voy de la casa; pero del corazón de Carmina no creo que me iré tan pronto. Aquello está hecho por mí y con tanto amor que me parece que lo dejo en marcha para algunos años... si adrede no me quieren arrancar de allí...

Agus. ¡Que van á querer!... ¡y no podrían!

Pilar (Hablando á las dos.) Por las mañanas, dejádmela dormir. Es un poco perezosa y le conviene á su edad. Sobre que os dará pena despertarla. Algunas noches, poco más ó menos á la misma hora desde hace unos meses, tiene pesadillas La oireis que grita y como si se quejara, No la llameis. Acercaos un poco á su camita, no dejeis de hacerlo; pero sin llamarla. Ella abre los ojos un momento, os ve á su lado, sonríe mirando, vuelve á cerrarlos y se queda en paz. Yo últimamente tenía tal costumbre que, soñara ó no, me despertaba a la hora exacta. Creo que he de seguir despertándome algún tiempo. Pero Carmina abrirá mucho los ojos y no me verá. Le dará pena, al principio... ¿verdad, madrina?

(Toda su energía se funde al calor de esta ternura y se ha echado en brazos de su madrina, sollozando. La Condesa hace gesto á Agustina para que se vaya, dejándolas solas. Sale Agustina. Espera la de Husadas que la emoción haya cedido un poco y dice:)

Cond. Vamos, calma, calma... ¿no has pensado bien lo que has de hacer?

Pilar Sí, madrina.

Cond. ¿Pues entonces?... Pero, óyeme, Pilar: á lo que me contaste de la escena de ayer, como toda esta noche me ha tenido en blanco y sin dormir, se me ha ocurrido un reparo

que tal vez es justo. Por bribón que sea mi sobrino, no puede negarse que te quiere...

Pilar ¡Madrina! ¿pero cómo? ¿no le dije á usted? ¡si estaba ciego, hablando, estaba ciego!

Cond. ¡Por eso! No vamos á pedirle á un ciego que escoja los caminos. Sin pensar, á ciegas, echó por el que le llevaba la costumbre. Pero, fíjate. Desgraciadamente en mi sobrino, lo malo es la costumbre; el corazón no tanto. Y tal vez si yo le hablara... ¿te parece?

Pilar No, madrina.

Cond. Bien está.

Pilar Yo he de decirlo... pero á usted como si fuera mi madre; á nadie más. No me voy por él; me voy por mí.

Cond. ¡Yo lo sabía!

Pilar Cómo será que la misma Carmina ¡criatura! ya adivinó hace tiempo lo que pasaba en mi corazón. Cómo será, que no he tenido más remedio que decírselo á usted ¡me ahogaba callando! Piense usted que un día me hace traición la voluntad y él lo ve también... sería espantoso y yo me moriría de vergüenza. No, madrina. Lo de ayer es un pretexto que ha servido para darme fuerzas. Pero esto tenía que suceder y sin remedio. Yo no tengo cura; le querré siempre; bueno ó malo, he de quererle cada día más. Y me doy miedo.

Cond. Y te vas... ¿piensas despedirte de Carmina?

Pilar ¡No!... cara á cara, no podría... Pero de todos modos, ¡me da tanta pena! Ella se encerrará en su cuartito, no dirá nada á nadie, ¡y llorará de un modo!... (Saca del pecho una cartita arrugada que besa y entrega á su madrina.) Usted me hará el favor de darle esto, por la noche, cuando no tenga más remedio que enterarse, cuando ya no le queden esperanzas de que volveré... demasiado sabrán ustedes secarle las lágrimas y yo sé que esto no es nada; pero es algo mío; todo lo que yo he pensado que podría consolarla, se lo digo ahí... ¿quiere usted dárselo, madrina?

Cond. Sí, hija mía.

Pilar Gracias. (La Condesa guarda su carta y apoyándose

en la mesa hace ademán de levantarse. Pilar la ayuda.)
¿Se va usted, madrina?

Cond. Con ella, no vaya á bajar buscándote y te quite libertad.

Pilar ¡Sí, sí, vaya usted!

Cond. Adiós, Pilar, ¿y para ella?...

Pilar (Abrazándose á su madrina con mucha emoción.) Un beso... ¡lléveselo usted!

Cond. (Con serenidad; mientras Pilar solloza apoyada en su hombro.) ¿Ves tú? yo te podría dar muchos consejos... ¿para qué? Lo que no hace el corazón no lo componen viejas. Pero piensa: esta casa, esa hija, el mismo Lorenzo... piensa piensa!

(Sale la Condesa por el comedor: Pilar queda sola un instante. Repentinamente con impetuoso arranque de su voluntad, dice:)

Pilar ¡No! ¡sin pensarlo! Es lo mejor. (Y va á salir: por la puerta del fondo, el sombrero en la mano, entra LORENZO. Pilar se detiene.)

Lor. ¿Estaba usted aquí, Pilar?

Pilar Me habían dicho que usted salió de casa.

Lor. ¿Quiere usted hacerme el favor de no marcharse de este cuarto precisamente porque llego yo?

Pilar Iba á salir de todos modos.

Lor. Y á mí me lo daba el corazón y he vuelto antes de hora porque necesito decirle algo, Pilar. Son dos palabras, ¿quiere usted oirlas?

Pilar Diga usted. (Lorenzo deja el sombrero sobre una silla y entra en escena.)

Lor. La Condesa me ha dicho su resolución de usted esta mañana. La comprendo y estoy seguro de haberla merecido. Pero usted, Pilar, no tiene culpa y sale usted tan castigada como yo.

Pilar ¡Por mí!...

Lor. Sí, por usted, Pilar; tengo obligación de evitarlo y á eso vengo. Yo puedo viajar. Puedo salir hoy mismo de Madrid y prolongar mi ausencia el tiempo que usted quiera. ¿Le parece á usted que esta sería una solución, Pilar?

Pilar Se lo agradezco á usted sinceramente; pero es tarde ya. Yo debo marcharme. No den ustedes importancia á este paso mío. Tiene

usted la cortesía de hacerlo casi innecesario. Pero de todos modos yo había de darlo un día ú otro; no voy á eternizarme aquí. Ha terminado mi misión; ¿qué importan unos años, unos meses menos?

Lor. (Tendiéndole la mano; grave.) Adiós, Pilar. Yo no sé si ha terminado su misión... ha sido usted más que la maestra de Carmina: ha hecho usted vivir estas paredes, ha sido un milagro del que yo no me he dado cuenta hasta hoy que se acaba. Desde Carmina al último mueble de esta casa tienen algo de usted, Pilar. Se va usted; pero esto queda. Va á rodearme constantemente; cada día más. Yo no le prometo olvidarla á usted, aunque tenga usted razón para ofenderse; no podría cumplirlo. Hasta un día, si usted quiere. (Pilar calla, reprimiéndose. Con esfuerzo, á pasos lentos, Lorenzo va á salir por la puerta del comedor. Sobreviene Carmina, cerrándole el paso al llegar.)

Carm. ¿Ya has vuelto, papá?

Lor. (Deteniéndose como si obedeciera á un aviso de su corazón.) Sí, Carmina.

Carm. Tía abuela me ha dicho que Pilar me buscaba. ¿Dónde está Pilar?

Lor. (Apartándose y señalando.) ¿No la ves?

Carm. ¿Qué tiene Pilar? ¿Qué pasa, papá?

Lor. ¡Ven, Carmina!

Pilar (Casi adivinándole con súplica sincera.) ¡No, por Dios!

Lor. Pilar tuvo un disgusto ayer conmigo; quiere marcharse de esta casa; yo no he sabido convencerla, prueba tú.

Pilar ¡Qué crueldad!

Carm. ¿Se va Pilar y tú no la has podido convencer? (Corriendo hacia Pilar.) ¿Es cierto, Pilar? (Pilar, dominándose, no contesta.) ¡Entonces yo no he de probar, papá: me voy con ella! (Y se abraza á Pilar.)

Lor. ¡Carmina!

Pilar ¡Carmina!

Carm. No me riñais. Papá, no te enfades y tú no me dejes. Yo no quiero preguntar; yo no sé nada. Pero Pilar sufre de un modo que yo no la dejo. Si ella fuera mi madre me lo or-

denarías tú como un deber. Pues yo no he conocido más y le debo todo lo que soy... Me voy con ella; me voy con ella; ¡ella es mi madre!

Lor. (Avanzando hacia su hija) Carmina...

Pilar ¡No, no me la riña usted! ¡ella qué sabe! Yo hablaré.

Carm. ¡Me voy contigo!

Pilar Y yo te lo agradezco como si lo hicieras nada más con lo que acabas de decir; me iré tan satisfecha, que tus palabras, hija mía, van á acompañarme el resto de mi vida y yo seré feliz... Carmina, tú te quedarás aquí; tú sabrás de mí; te escribiré, te contaré mis cosas... Pero tú te quedas: tu padre es tu padre.

Carm. Quiero irme contigo; á ti no te estorbo, ¡y aquí sola!... No: tú estás disgustada, tú estás triste.

Pilar ¡No, Carmina! Tu padre no te ha dicho lo que hay; no has entendido bien; no es disgusto, no es tristeza. Mírame á la cara: nunca has visto en ella esta alegría que ahora ves, ¿verdad, Carmina? ¡Si es una felicidad! ¡y en este momento! ¡qué valen mis afanes para la satisfacción y las fuerzas que hoy me das! Ya ves: de cuando en cuando unos minutos; un poco de tiempo. Y aquí palitos en un papel, y ahora que un libro, y allá que un consejo, un poco de paciencia; para que tú después, con todo esto, vayas haciendo un corazón y me lo entregues.

Carm. ¡No te vayas!

Pilar ¡Hija mía! Si es que había de ser, tarde ó temprano; ya eres mujercita; tu padre quiere también su parte en tu cariño, es justo. ¿Y si yo estuviera enferma? Después de todo, casi puede decirse que lo estoy. No enferma, pero cansada; muy cansada, hija mía. Y tú lo comprendes, y tú ya no te opones, y tú quieres dejarme descansar.

Carm. ¿Y no te vas?

Pilar (Sin saber qué decir; juntando sus manos.) ¡Carmina!

Carm. Papá, ¿por qué te callas? ¡Si tú supieras lo que Pilar ha sido para mí, no callarías!

Cuando estamos solas es más fuerte que yo; no he podido llamarla Pilar, ahora ni nunca. Delante de ti, delante de los demás, porque ella quiere. Pero á solas es como si no me dejara el corazón... (Con un arranque, abrazándola.) ¡Mamá Pilar, no me dejes, no te vayas! (Lorenzo lentamente se acerca al grupo, grave, conmovido: aparta á Carmina los bracitos del cuello de Pilar y dice:)

Lor. Pilar... Es usted dueña de marcharse de esta casa. Pero Carmina tiene razón y yo lo apruebo, y si es necesario se lo mando; va usted á salir con ella. Déjenme ustedes tan sólo como yo merezco estar y todo el bien que usted ha hecho vuelva por usted. Es justo. Pero si se compadece usted de mí al ver cómo quedo, si no quiere usted dejar interrumpida su obra en esta casa, yo esta vez le diré á Carmina las razones que tengo para rogarle á usted que no se vaya. Y Carmina, ella misma, se las repetirá á usted en mi nombre. (A Carmina, á quien tiene medio abrazada hasta el final.) Desde ahora, delante de mí, delante de todos, la llamarás madre, como te pide el corazón. (Y vuelto á Pilar, concluye:) ¿Llora usted, Pilar?

Pilar ¡Si es que Dios tiene á veces unas recompensas!...

Lor. ¡Abrázala, Carmina, y dale gracias!

(Apoyadita en su bastón de ébano, desde hace un momento, entró por el comedor la CONDESA DE HUSADAS que sonríe, acercándose poco á poco y presenciando el final de esta escena. Respeta la emoción de Carmina y Pilar y al cabo de unos segundos pregunta:)

Cond. ¿De modo que la chiquitina llegó á tiempo?

Pilar ¿Ah, fué usted, madrina?

Cond. Yo. Y ahora ¿tienes algo que contarme?

Pilar (Esta, entre Lorenzo y Carmina, les mira á los dos y concluye:) Estas cosas no se cuentan.

FIN DE LA OBRA